

CAPITULO VII

INVASIÓN DE BENJAMÍN HERRERA. SU DESEMBARCO EN TONOSÍ. HERRERA LLEGA A LAS PLAYAS DE ANTÓN. SE LE UNEN BELISARIO PORRAS Y VICTORIANO LORENZO. EL HUNDIMIENTO DEL LAUTARO. MUERTE TRÁGICA DEL GENERAL ALBÁN. AISLAMIENTO DE LAS TROPAS DEL GOBIERNO EN AGUADULCE.

No había transcurrido un mes del sometimiento total de los expedicionarios del General Domingo Díaz, cuando una nueva invasión más numerosa y mejor equipada bajo el comando del General Benjamín Herrera, desembarcaba en Búcaro, puerto inmediato a Tonosí.

"Herrera venía del norte. Acababa de pelear en Palonegro y su fama de guerrero era muy estimada entre sus copartidarios. Herrera era un militar acerado, valiente y macizo y era fama que no toleraba en sus filas hombres viciosos ni militares sin honor. Mantenía en su ejército una disciplina inflexible, de estricto cumplimiento del deber".⁽¹⁾

"El General Benjamín Herrera fué un militar de escuela, formado en la disciplina de la Guardia Colombiana. No hizo estudios especializados de amplia envergadura, más poseía ese don precioso de los grandes capitanes de armas que no se adquiere en las academias: presentar la batalla y ganarla. En su larga y accidentada carrera militar rara vez sufrió un rechazo; en Palonegro no mandaba en jefe; obedecía al generalísimo Vargas Santos . . . Valeroso sin ser Quijote, callado, paciente, hasta cierto punto, intolerante en asuntos de disciplina, compartió día y noche con la tropa sus alegrías y sus miserias gozando de enorme poder fascinador, mezcla de confianza y veneración . . . En los minutos de alarria, en las horas de peli-

1) J. I. Vernaza. Biografía de Carlos Albán. Pág. 179.

gro, soldados y oficiales, parlamentarios y políticos, espían el semblante de Benjamín Herrera —feo con fealdad de hombre varonil— y al verle severo y reposado perdían el miedo; tal era su poder y dominio de la multitud. Una frase suya, un consejo, una orden, un gesto, eran anuncio de calma o de zozobra. No hacía la guerra como juego de niños; no creía en impulsos de valor improvisado; y al lanzar su espada en singular desafío lo hizo en la seguridad, que nada ni nadie le obligarían a guardarla, hasta conseguir el total vencimiento de sus enemigos”.⁽¹⁾

Con la intervención oficial y económica del general Eloy Alfaro Presidente del Ecuador y de Tomás Regalado del Salvador, había adquirido para el servicio de la revolución el vapor “Iris”, al cual rebautizaron con el glorioso y significativo nombre de “Almirante Padilla”.

La expedición compuesta de más de mil quinientos hombres, zarpó de Tumaco en los vapores Padilla, Cauca y Panamá, llevando al remolque varios veleros repletos de armas y municiones. Con razón en su alocución a los Istmeños el general Herrera se ufanaba de contar por primera vez en el Pacífico de una flotilla para dominar las aguas nacionales en este océano y un ejército vencedor en Barbacoas y Tumaco, cuya calidad y excelencia habían alcanzado los más gloriosos triunfos.

Y en su proclama de Tonosí decía: “El numeroso ejército que comando, compuesto de soldados aguerridos y de jefes de honor, abnegados, valerosos y expertos, viene a traeros la tranquilidad y la paz de que no gozáis hace más de dos años; viene a quebrantar para siempre las cadenas que os oprimen y a fundar en esta región Colombiana un gobierno justo, de civilización y progreso . . . Este esfuerzo final y decisivo será la última de nuestras guerras; la sangre derramada a torrentes ha de ser la semilla que transformará nuestras tierras devastadas en emporio de riqueza; los últimos disparos de nuestros cañones serán anuncios de períodos de esplendor; y los resplandores de la última batalla serán la aurora de un nuevo día para el derecho y la civilización”.⁽²⁾

(1) Joaquín Tamayo. La Revolución de 1899.

(2) Lucas Caballero. Memorias de la Guerra de los Mil Días. Pág. 161.

Su desembarco en Tonosí fué de lo más enconado y sangriento. El teniente de policía, Forero, con su guarnición y algunos voluntarios, capitaneados por los alcaldes de Las Tablas y Pedasí, Eleazar Escobar y Aníbal Crespo, cuyo número alcanzaba a treinta y cinco se empeñaron en una resistencia suicida, cuando atacados por la división que comandaba el general Pablo Emilio Bustamante se negaron a rendir las armas con esta lacónica pero decidida contestación: "Los servidores del gobierno no se rinden". Y así sacrificaron sus vidas estos valientes en cumplimiento del deber; y las ponderadas fuerzas revolucionarias, recibieron su bautizo de fuego. ⁽¹⁾ *

En Tonosí se enteró el general Herrera de que las fuerzas que comandaban el Dr. Porras y Victoriano Lorenzo estaban asediadas en La Negrita por el ejército oficial de guarnición en Aguadulce. Por medio de emisarios expresos el General Benjamín Herrera informó al Dr. Porras de su llegada a Tonosí y le invitaba a entrevistarse en la Albina de Antón, pues era necesario establecer contactos entre los dos contingentes de fuerzas y desarrollar planes para la futura campaña en el Istmo.

En la playa de la Albina echó sus anclas el Padilla, desembarcando el primer contingente de trescientos hombres, los que bien atrincherados podían resistir el ataque del general Francisco de Paula Castro en caso de que éste se aventurara a agredirlos desde su posición de Aguadulce. Porras y su Estado Mayor bajaron de la Negrita para encontrarse con Herrera en la Albina pasando por Penonomé, población que volvieron a desocupar las tropas del gobierno.

Aunque ninguno de los cronistas de La Guerra de los Mil Días comenta este incidente, Jacobo Alzamora, quien fué oficial del ejército revolucionario, relata el encuentro de Porras y Herrera en la Albina y anota que Porras, Manuel Quintero V. y algunos de los oficiales de su comitiva siguieron en el Padilla hasta Tonosí a invitación hecha por el general Herrera. "Al doblar punta Mala se desató una tempestad hasta el puerto de Búcaro, en Tonosí, en donde echaron ancla los buques.

(1) Donaldo Velasco. La Guerra en el Istmo. Pág. 16

Había un viento huracanado y los barcos que venían a remolque del Padilla estaban a punto de zozobrar por lo que el Dr. Porras, quien veía desde el Padilla el peligro inminente, dió la orden: Suelten los cabos . . . y un marino, con una hacha, obedeciendo la orden cortó el cabo principal de amarre. Así los transportes quedaron libres, al garete, juguetes del viento y de las olas embravecidas del océano. El general Herrera al oír tal barahunda salió de su camarote y al ver la flotilla dispersa y desbandada, colérico y lleno de ira gritó: —“Pero quién fué el . . . que ordenó soltar los cabos? El Dr. Porras contestó: —Yo lo ordené porque iban a naufragar los buques! Mal hecho, le replicó Herrera, porque Ud. no tiene por qué dar órdenes aquí. —Yo sí tengo mando, contrareplicó Porras, porque soy el jefe de la revolución en el Istmo.

En esto intervino el Dr. Lucas Caballero y la violencia que encendió los ánimos de los exaltados jefes revolucionarios fué pasajera y luego sobrevino la calma, tal como se apagaron los vientos huracanados y las olas embravecidas en las costas de Tonosí.

Aunque el Dr. Lucas Caballero en sus Memorias afirma que el general Herrera “recibió de sus manos el nombramiento de Director de la Guerra en el Cauca y Panamá” y a pesar de que el mismo general Herrera en su alocución a los istmeños hace alusión al expresado título por designación hecha del general Vargas Santos, Jefe Supremo de la guerra, no es explicable el mérito de su nombramiento como Jefe del Cauca . . . con extensión a Panamá, porque nadie en forma alguna le había cancelado al Dr. Porras sus credenciales de Director del Partido Liberal Istmeño, conferidas por sufragio popular y luego aprobadas por el mismo general Vargas Santos; y no podía ser motivo de desconocimiento de su título el fracaso ocurrido en la batalla del puente de Calidonia. Muchas veces los reveses de fortuna aquilatan el espíritu de los hombres en lucha y lo dignifican aún en la derrota y en el infortunio!!

Mientras que Herrera movilizaba todo su ejército de Tonosí hacia Antón y se extendía hasta la línea férrea que va de Colón a Panamá, el general Carlos Albán reforzaba la

plaza de Aguadulce, bajo el comando del general Francisco de Paula Castro, con nuevos contingentes enviados con el general Alejandro Ortiz.

"El ataque a Panamá no parecía probable, pues la revolución tenía que dejar a retaguardia al ejército del gobierno; por eso el general Albán comprendió, desde el principio, que Aguadulce era una posición de enorme valía y que para defenderla, como llave segura de entrada, debía intentarlo todo, fortaleciendo en la forma en que lo hizo la guarnición comandada por los generales Castro y Ortiz." (1)

"Albán, en cambio, no obstante el prestigio de su nombre y el de su espada, adolecía de un flanco débil: el mar... Febrilmente se preparaba para hacerle frente a la nueva invasión, cuyas consecuencias principiaron a sentirse en la ciudad capital con la carestía de los víveres. El Padilla inició sus actividades apresando todas las embarcaciones y veleros que desde las costas del Interior navegaban con víveres y con los cuales se surtían los graneros de Panamá. Los barcos que llegaban del exterior también eran requisados y el bloqueo en esa forma asumió caracteres de suma gravedad". (2)

Pero lo peor de todo, anota Donaldo Velasco, es que cada día transcurrido hacía más problemático el aislamiento y salvación del ejército de los generales Castro y Ortiz en Aguadulce, cuya pérdida por dejarlos abandonados, "tenía que pesar sobre el mandatario como el torcedor de una maldición."

Ciertamente que el general Castro contaba en Aguadulce con más de mil hombres muy valientes y veteranos, con mucho parque y con su prestigioso valor y talento; pero era también indiscutible que el general Herrera tenía a sus órdenes, según datos aproximados, cerca de tres mil hombres con elementos formidables, aparte de ser él, el guerrero más distinguido y temido del partido liberal. (3)

La cañonera Boyacá no alcanzaba para defender las costas y prestar servicio de transporte; era necesario adquirir nue-

(1) J. I. Vernaza. Biografía de Albán. Pág. 180.

(2) J. I. Vernaza. Biografía de Albán. Pág. 180

(3) Donaldo Velasco. La Guerra en el Istmo. Pág. 18.

vos buques para armarlos en guerra y "en tal virtud compró al contado a la Compañía Inglesa de Vapores el pequeño remolcador Chucuito por cuatro mil libras esterlinas y ofreció comprar o alquilar el Lautaro, gran casco, buena máquina perteneciente a la Compañía Sur Americana". (1)

Lautaro! exclama con acento dolorido el historiador J. I. Vernaza al hacer un estudio biográfico del general Albán, como que fué este buque la tumba en que desapareció tan gallardo paladín . . . Lautaro! repetimos nosotros, nombre significativo de valentía y de tragedia, pues rememora la historia del caudillo araucano cantado por Ercilla y evoca el final desconocido y doloroso del Jefe Conservador en quien estaban depositadas la fé y esperanza de un ejército!

"Serias dificultades se opusieron al general Albán para la compra del mencionado barco. La Compañía poseedora dijo rotundamente que ni lo vendía ni lo alquilaba. El general instó repetidas veces, porque el tiempo urgía, y no pudiendo dilatar la acción próxima a empeñarse, Albán resolvió tomarlo bajo su responsabilidad". (2)

Proponíase el general Albán ir en auxilio del general Castro en Aguadulce, dar batalla a Herrera y combatir con el Padilla en donde lo encontrase.

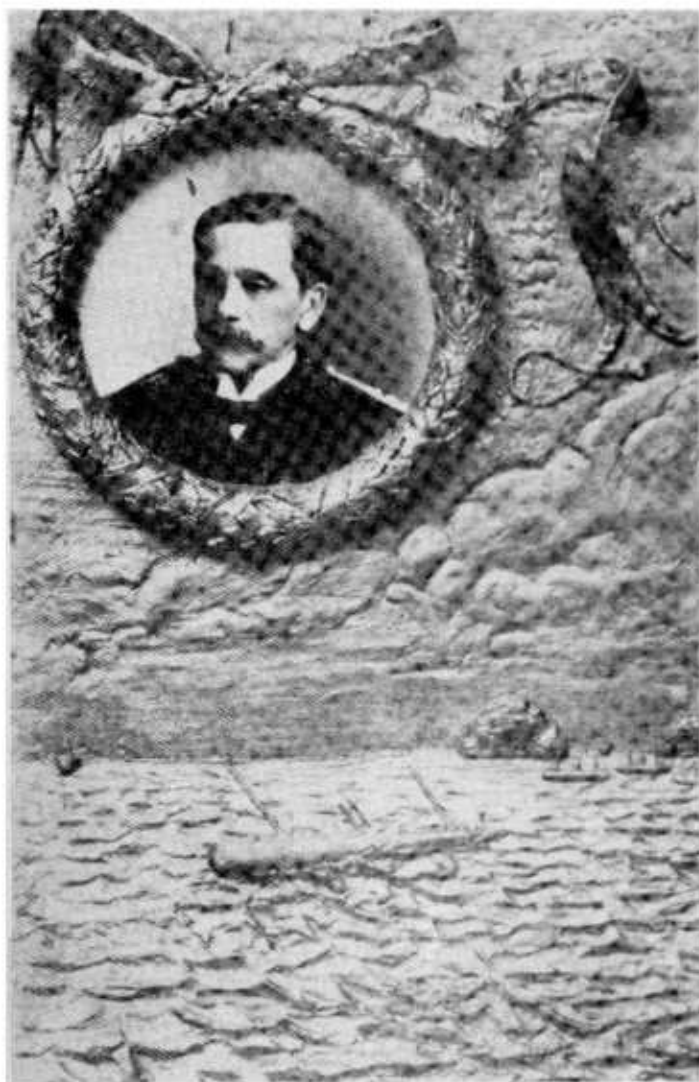
Todos estos preparativos para armar el Lautaro coincidieron con el canje de prisioneros propuesto por la revolución y llevado a efecto por intermedio de las fuerzas navales americanas a mediados de enero. Con justa razón J. I. Vernaza afirma "que los prisioneros liberales habían sido tratados con extrema benevolencia . . . Ya en la calle, pudieron andar libremente, tomar informaciones en la ciudad, imponerse de la situación y obtener cuantos datos necesitaran sobre lo que sucedía en las filas del gobierno, datos que fueron fatales para el curso de las operaciones, como luego se comprobó". (3)

Y el general Lucas Caballero en sus Memorias expone: el 17 de enero de 1902 llegaron a nuestro campamento los

(1) Donaldo Velasco. La Guerra en el Istmo. Pág. 19.

(2) J. I. Vernaza. Biografía de Albán. Pág. 187.

(3) J. I. Vernaza. Biografía de Albán. Pág. 190.



Alegoría de la muerte de Albán

(Tomado del libro de José Ignacio Vernaza)

canjeados liberales e informaron al general Herrera que Albán había tomado El Lautaro "mano militari" y lo estaba armando a toda prisa para atacar al día siguiente, conjuntamente con la Boyacá, el Chucuito y dos clapess armados en guerra al Padilla.

"Como son muchos cernícalos para una sola presa —argumentó Herrera— se impone el sorprenderlos en el nido" y a continuación dió las órdenes para que todo el personal con brochas y en su defecto con las manos cambiara rápidamente la pintura y color del Almirante Padilla".⁽¹⁾

El 19 de enero a las 9 p.m. zarparon de San Carlos el crucero Padilla y el cañonero Panamá, bajo el comando del general José A. Ramírez y de su Segundo Coronel Roberto Payán. Al amanecer del 20 entró la flotilla a la bahía. "Hicimos nuestra entrada a plena luz matinal, a las 6 a.m. consta así en el parte de batalla de los revolucionarios. Y después de izar el pabellón colombiano, se disparó por nosotros el primer cañonazo".⁽²⁾

El Lautaro, a bordo del cual estaba el general Albán desde la tarde anterior, dirigiendo personalmente los preparativos para hacerse a la mar, permanecía —según fuentes conservadoras— con las máquinas apagadas, carecía de agua, y lo más grave aún, tripulado por elementos extraños y descontentos, quienes habían manifestado en gesto de rebeldía que no harían viaje. "La noche anterior los marinos chilenos que formaban la tripulación, escogida entre los rotos que los vapores abandonaban en el Taller por su mala conducta, habían forzado la bodega donde estaban almacenados los licores del buque y se habían entregado a la crápula de usanza en esos desgraciados cuando la ocasión se les presentaba".⁽³⁾

Así desprevenidos, los sorprendió el Padilla en su propio abrigo "como res uncida al poste del matadero." Cuando Albán y su estado mayor advirtieron que era el Padilla el que se le venía de frente, a distancia de una milla, ya el Lautaro

(1) Lucas Caballero. Memorias de la Guerra de los Mil Días. Pág. 177.

(2) Lucas Caballero. Memorias de la Guerra de los Mil Días. Pág. 181.

(3) José I. Vernaza. Biografía del Gral. Albán. Pág. 194.

había recibido el primer cañonazo bajo la línea de flotación. Muchas otras granadas devastadoras produjeron el pánico y la confusión. Desde los primeros momentos el general Albán había sido herido mortalmente y recluído en un camarote de proa. Algunos combatientes se aprestaron a la lucha y los pocos cañonazos disparados del Lautaro no lograron detener la acometida del Padilla. El Lautaro ya estaba vencido y a la media hora se ladeaba y se sumergía de proa, llevándose a las profundidades el cuerpo de su último Comandante General, Carlos Albán, General en Jefe de las Fuerzas del Gobierno en la Costa del Pacífico y Gobernador de Panamá.

Fué tan hondamente sentida la muerte del General Albán, que en el parte de la batalla naval expedido por el Estado Mayor del Ejército Revolucionario se hace constar "el sentimiento de pena por la pérdida del colombiano que tuvo por característica el valor y la energía aparte de una ilustración notable y de una inteligencia clara. Así se honraban los Jefes Liberales, honrando la memoria de su desaparecido contendor".

* NOTA: Panamá, 16 de enero de 1950.

Señor don Rubén Darío Cates O.,
Secretario del Ministerio de Educación,
E. S. D.

Mi estimado condiscípulo:

Sólo una petición tuya, TAN OBLIGANTE PARA MI, me hace salir de mis preocupaciones coridianas, para adentrarme con sumo gusto, en el campo magnífico de la historia, a fin de hacerte mi versión de cómo fué la gloriosa muerte de mi padre Eleazar Escobar y Escobar, uno de los verdaderos héroes de la infausta contienda fratricida de los tres años, cuyas repercusiones inmensas, todavía se sienten implacables en los campos ubérrimos de Colombia y Panamá.

Afortunadamente, ya los aceros se envainaron hace largos años y los dos países, unidos por lazos tradicionales, marchan juntos a la conquista pacífica y ordenada de sus patrióticas aspiraciones, con la mente y el espíritu guiados por la sublime frase de un ilustre colombiano: "LA PATRIA POR ENCIMA DE LOS PARTIDOS!" Fuera preámbulos y va de historia.

Corría el mes de diciembre de 1901, con las brisas veraniegas del norte, anunciando alegremente el comienzo del verano que, por las trazas, sería un año más de calamidades y desastres, por causa de

la despiadada guerra civil que, ahora, reinaba a muerte en los campos del Istmo, debido a la decisión del general Benjamín Herrera de apoderarse de la región totalmente, con el fin de usar el departamento, como presa de guerra en sus ulteriores planes de dominio del partido liberal; a tal fin, preparó en Tumaco la mayor expedición que cayera sobre Panamá en la revolución desatada en Colombia desde el año 1899.

Mientras llegaba el momento de invadir a Panamá, sucedíanse pequeños combates y escaramuzas entre las tropas de Victoriano Lorenzo el indómito caudillo de la serranía coclesana, ayudadas por los consejos y los bríos del Padre del Liberalismo panameño, doctor Belisario Porras y algunas guerrillas liberales en el territorio de Los Santos y Veraguas, guerrillas que, principalmente, enarbolando la bandera del liberalismo, cubrían así su verdadera ocupación o sea el contrabando de marcederías muy solicitadas, especialmente de sal y contra las cuales tenían que vivir en lucha constante los alcaldes, gobernadores o prefectos como entonces se llamaban y las autoridades policivas.

Con bastante éxito ejecutaba sus depredaciones en la Provincia de Los Santos, sirviendo al liberalismo y a sus negocios de contrabando, una montonera acaudillada por El Chato, como era conocido su jefe. Como esta cuadrilla fué creciendo en audacia, el Prefecto de Los Santos, don Maximino Márquez, preparó por órdenes superiores una pequeña fuerza policiva para combatirla (30 hombres más o menos). Al frente del piquete, estaba el Teniente Forero, bien probado por su carácter y su valor a toda prueba. Al pasar por Las Tablas, en seguimiento de El Chato que iba hacia el sur de la Provincia, se encontró con que el Alcalde de Las Tablas era Eleazar Escobar, soldado aguerrido del 85, conservador histórico, quien había militado en la columna "Campo Serrano" con el grado de Alférez, bajo el mando de los ilustres General José María Núñez Roca y Coronel Núñez Roca, hermano del anterior. Con ruego y súplicas consiguió que lo acompañara en su misión y siguieron juntos hacia Pocrí; entre Pocrí y Pedasí, tuvieron un encuentro con El Chato, al que vencieron y desbandaron, haciéndolo huir hacia Tonosí.

Allá fueron a dar los dos jefes con su pequeña banda de agentes de policía, con el fin de recoger dispersos y tomarlos presos, el día 23 de diciembre de 1901. La fatalidad hizo que, en la tarde del 24, arribara al Puerto de Búcaro, cercano a Tonosí, la expedición del general Benjamín Herrera a bordo del "Almirante Padilla", para hacer aguada. Algunos liberales tableños que habían seguido al Chato en sus andanzas, se comunicaron con el general Herrera y le dieron informes exagerados y mentirosos, para conseguir la destrucción de la comisión conservadora de policía, por enconos personales, especialmente con el alcalde de Las Tablas, Eleazar Escobar. Herrera le

ordenó a su segundo, el General Paulo Emilio Bustamante, que, inmediatamente saliera para Tonosí y atacara por sorpresa a los conservadores.

Eran 25 los policías y civiles destinados al sacrificio por los torpes informes recibidos y Bustamante se fué hacia ellos con 300 hombres de lo más granado de la juventud liberal colombiana . . . !.

A medianoche, al primer toque para la tradicional Misa de Gallos, sintieron los conservadores un redoble de tambores, seguido por toques de cornetas anunciadores del zafarrancho de combate. Forero, hombre de policía, creyó que se trataba de los contrabandistas que volvían al ataque, pero Escobar, militar avezado, comprendió inmediatamente que eran atacados por un grueso cuerpo de ejército y así se lo hizo saber a Forero, aconsejándole la rendición inmediata por la imposibilidad de combatir con éxito. Forero, exaltado por el ruido marcial que los envolvía, no aceptó consejos y tampoco hubiera podido hacer nada porque, estando todavía en la hamaca en donde reposaba, fué alcanzado por numerosos tiros, terminando con una muerte heroica, al ordenar a su ayudante que lo amarrara en la hamaca, a la cual mandó prender fuego después de haberla embarrado totalmente de kerosene. Escobar, entonces, escogió 12 hombres probados, con los cuales se situó en un portal protegido de una casa cercana al cuartel de policía y allí resistió con denuedo desde las 12 de la noche, hasta que, las primeras claridades de la aurora, anunciaban el nacimiento del 25 de diciembre, natividad de Nuestro Señor Jesucristo, en el mismo instante en que un puñado de valientes luchaban desesperados por la conservación de sus vidas !

Almo. HERACLIO ESCOBAR.



Los tropas del Gobierno disparon sus cañones contra la flota enemiga.

CAPITULO VIII

EL GENERAL MANUEL QUINTERO V., VA A CHIRIQUÍ A ORGANIZAR LA REVOLUCIÓN. ENTUSIASTA ACOGIDA DE SUS COMPROVINCIANOS. EL GENERAL HERRERA LO REFUERZA CON LA EXPEDICIÓN DEL CORONEL BUENDÍA. LOS REVOLUCIONARIOS TRIUNFAN EN LA BATALLA DE SAN PABLO.

Estando en el puerto de Búcaro, Tonosí, el general Herrera dispuso enviar al Coronel Manuel Quintero V., a Chiriquí, "como oriundo de esa provincia, conocedor íntimo de ella y por añadidura muy popular y muy querido para que desembarcara en un puerto relativamente escondido" y procediera a armar los contingentes de voluntarios para luego batir a las tropas del gobierno que la ocupaban desde la capitulación del puente de Calidonia.⁽¹⁾

De los pocos oficiales y reducido número de tropa que me suministró el general Herrera para ir a Chiriquí —nos informa el general Manuel Quintero V.,— tuve que desembarcar algunos virulentos en la isla de Coibita, los que habían venido con las fuerzas expedicionarias de Herrera.

Al llegar a Remedios Quintero siguió la costa, recalando en todas las poblaciones del oriente chiricano para engrosar sus filas con los voluntarios que salían a su paso y luego fué a desembarcar en Coto, al otro lado de la península de Burica.

A su avance por los distritos de Bugaba y Alanje se le incorporaban entusiastas sus comprovincianos y amigos, deseosos de pelear bajo sus órdenes, de tal manera que a su arribo a Divalá se habían distribuido los trescientos rifles que

(1) Lucas Caballero. Memorias de la Guerra de los Mil Días. Pág. 204.

había llevado de Tonosí y a falta de fusiles fué necesario armar y formar un batallón de macheteros chiricanos.

Considerando la falta de armamentos, con que armar nuevos voluntarios, comisioné al Dr. Ezequiel Abadía para que volviera al cuartel general y de retorno de su comisión vino acompañado del coronel Ramón Buendía, nombrado por Herrera Jefe de Operaciones del ejército que operaba en la provincia.

Advertido el gobierno de Panamá de las actividades desplegadas por la revolución en Chiriquí envió nuevos refuerzos en la Boyacá, bajo las órdenes del coronel Efraín Duque, encargándole de la defensa de la provincia.

Concentradas las fuerzas liberales en Alanje, marcharon a su encuentro las tropas del gobierno acantonadas en David. La llanura de San Pablo fué el teatro de esta única batalla enconada y decisiva, habida en la provincia de Chiriquí en el transcurso de los días de la revolución.

"La lucha se impuso y el coronel Duque se distinguió en ella por su temerario heroísmo, así como el Mayor Fernando Arango, Sotomayor y otros que conocieron el coraje con que combaten los liberales" —anota Velasco en su obra *La Guerra en el Istmo*.

En verdad los voluntarios chiricanos recién ingresados a las filas, hicieron demostración de denuedo y valentía al enfrentarse en campo abierto a las veteranas huestes conservadoras. El coronel Manuel Quintero V., montado en su brioso corcel, desafiaba las balas enemigas, y alentaba a sus comprovincianos, hasta que un tiro certero lo hirió al frente de los ejércitos que se disputaban el campo de batalla. La caída del coronel Quintero enardeció su tropa y sus acometidas decidieron el triunfo.

Al amanecer del día tres de marzo entraron los vencedores a David, ciudad que habían desocupado las fuerzas del gobierno, las que marcharon a Bocas del Toro por la montaña, ruta que seguirían después los derrotados de Aguadulce, cuya batalla tuvo verificativo sólo días antes a la de San Pablo.

CAPITULO IX

HERRERA CONTRAMARCHA SOBRE LAS TROPAS DE CASTRO EN AGUADULCE. ENCONADOS ENCUENTROS EN PO-CRÍ, EL VIGÍA Y AGUADULCE. CASTRO SE RETIRA PARA SANTIAGO DE VERAGUAS. CAPITULACIÓN DE LAS TROPAS DEL GOBIERNO EN AGUADULCE.

Por informaciones recibidas del servicio secreto establecido en Panamá, supieron los dirigentes revolucionarios de la decisión del gobierno americano de no permitir el ataque a la ciudad de Panamá, a solicitud hecha por el gobierno de Colombia.

Ante la imposibilidad de seguir a Panamá y Colón que era el objetivo principal de la revolución e informados de que pronto el gobierno conservador dispondría del acorazado Presidente Pinto, debido a las gestiones que adelantaba en Chile el comisionado Doctor Abadía Méndez, con lo cual quedarían anuladas las ventajas que les proporcionaba el Padilla y por lo tanto, el Gobierno en condiciones de conectar sus ejércitos de Panamá y Aguadulce, dispusieron los revolucionarios dar un golpe fulminante y decisivo sobre el ejército oficial estacionado en Aguadulce. ⁽¹⁾

El general Francisco de Paula Castro, Comandante de esas fuerzas, seguro de que debía defenderse en Aguadulce redobló sus esfuerzos cavando fosos, levantando trincheras y alambradas, confiado de que pronto recibiría nuevos refuerzos de la Capital, sin que estos refuerzos llegaran nunca.

A la excitativa que le hiciera el general Benjamín Herrera desde su Cuartel General en la Albina de Antón, por

(1) Lucas Caballero. Memorias de la Guerra de los Mil Días, Pág. 200.

intermedio del parlamentario, Mayor Juan B. Urriola, para "que se rindiera, por medio de una capitulación en la cual otorgaré a Ud. y a su ejército las condiciones más generosas que consagra el Derecho Internacional", evitando las consecuencias de una batalla muy desigual, el general Castro le replicaba: "Mientras dure mi cabeza sobre mis hombros seré inquebrantable en el cumplimiento de mis deberes y por lo tanto, las armas que el gobierno me ha confiado no seré yo quien las entregue". (1)

Después de vadear el río Chico en las inmediaciones de Natá y de avanzar por los llanos —en donde está hoy situado el ingenio "La Ofelina"— los revolucionarios ocuparon las eminencias del cerro Limones y quedaron frente a la línea de defensa de las tropas conservadoras, concentradas en sus baluartes de Pocrí y Aguadulce con una entrante en la llanura formada por el cerro "El Vigía."

El ataque de las fuerzas liberales iniciado en las primeras horas de la madrugada del 23 de Febrero y dirigido por los generales Francisco Barrera y Pablo E. Obregón se concentró sobre Pocrí, logrando penetrar en la plaza del poblado para ser después rechazados por nuevos refuerzos conservadores en una porfiada y sangrienta lucha. Luego sobrevino una carga violenta, incontrastable, encabezada por el mismo Herrera y los generales Bustamante, Díaz-Morkum, Plaza y Santos V., lo que les permitió recobrar a Pocrí. "Ese avance fue incontenible, declara el general Lucas Caballero y no dió tiempo al emplazamiento de nuestra artillería en sitios dominantes y el valor llevado a la temeridad aumentó sin duda nuestro sacrificio. Si hay algo que embriaga a las multitudes, algo incontenible como los torrentes, es el avance de tropas vencedoras, y eso hicieron los liberales, siguiendo paso a paso a las fuerzas enemigas hasta donde refugiadas entre sus fortísimos atrincheramientos pudieron resistir."

"Mientras tanto en el cerro de El Vigía —expone Donaldo Velasco,— se empeñó una lucha terrible, sangrienta, desesperada, pues los defensores tenían por jefe al gallardo y pun-

(1) Donaldo Velasco. La Guerra en el Istmo. Pág. 82.

donoroso coronel Mauricio A. de Castro y los agresores eran dirigidos por el Dr. Porras y por Victoriano Lorenzo personalmente. Al fin la lucha se debilita, la defensa flaquea... se quiere enviar un oportuno refuerzo; pero ya inútilmente porque la revolución lo abate todo.... Regresaba nuestra rechazada gente aspirando a sus defensas, a sus centros de operaciones; regresaba a Aguadulce, como a su postrer baluarte; pero ya era por la quinta vez ostinadamente asaltado y tomado por unos cuantos que alcanzaron a rebasar las trincheras a costa de centenares de cadáveres". (1)

Mi batallón "Cundinamarca" y el que comandaba el coronel Gálvez —nos dice el coronel Mosquera, hoy residente en Penonomé— entraron hasta la plaza de Aguadulce, obligando a refugiarse a los combatientes conservadores en otros atrincheramientos para resistir nuestras acometidas.

Con sobrada razón hace constar el Dr. Lucas Caballero en su Memorias "no puedo menos de hacer méritos de tres mi-

capitulación era inminente para las tropas del gobierno y correspondió al Dr. Manuel Rojas, Médico de la columna Briceño, trepar las trincheras, cruzar el campo descubierto con bandera blanca "a pedir una tregua para enterrar a los muertos." Como no se la otorgasen sino que se le exigía la rendición a discreción, el Dr. Rojas insistió en una capitulación honrosa, la que fué firmada a la una de la madrugada del 24 de febrero de 1902.

Sobre la rendición del ejército en Aguadulce "nos hemos formado el concepto claro —expresa el general Salazar en sus Memorias— de que el general Castro pudo haber seguido combatiendo, con muchísimas probabilidades de triunfo. Su ejército estaba casi intacto; sus posiciones eran magníficas; contaba con abundantes municiones y elementos de combate; el enemigo había perdido, por lo menos la cuarta parte de sus efectivos y tenía que avanzar por la llanura, a pecho descubierto, por un campo sembrado de cadáveres y de heridos que imploraban auxilio".

Talvez influjera en tan inexplicable actitud las declaracio-

tía a la entrega de las armas de su invicto batallón, el que un año no más atrás se había cubierto de gloria y renombre en la batalla de Palonegro, en Colombia, que puso término a la campaña más sangrienta de la revolución liberal. Pero el sacrificio de la rendición se impuso, para librar a las familias aguadulceñas de los horrores de un combate dentro del perímetro de la población, cuando don Sebastián Sucre, Prefecto de Coclé, advirtió que era inútil y suicida toda resistencia en momentos tan críticos, agravados por el relajamiento de la disciplina del ejército conservador, el cual se había excedido en el uso del licor."

Los batallones fugitivos de Aguadulce siguieron la ruta de Santiago de Veraguas, La Mesa, Las Palmas, Tolé, Horconitos, con el propósito de unirse a las tropas acantonadas en David; pero al saber en esta última población la derrota que les infringiera el Coronel Quintero en el combate de San Pablo, tomaron el camino de la sierra por el cauce del río Biara que desagua en la laguna de Chiriquí. De allí abordaron laitas bananeras para ir a Bocas del Toro y luego a Colón, en cuyo puerto desembarcaron los trescientos cincuenta y un hombre que conducía el general Castro en su fuga desde Aguadulce.



Coronel Alejandro Mosquera del Ejército Revolucionario.

CAPITULO X

LA REVOLUCIÓN DOMINA EL INTERIOR DEL DEPARTAMENTO. VÍCTOR MANUEL SALAZAR SE ENCARGA DE LA JEFATURA DEL GOBIERNO. HERRERA SE MOVILIZA HACIA CHIRIQUÍ. COMBATE EN BOCAS DEL TORO Y CHIRIQUÍ GRANDE. EXPEDICIÓN PUNITIVA DEL CRUCERO PINZÓN POR LAS COSTAS DE BLUE FIELD EN NICARAGUA.

En momentos en que los jefes del gobierno de Panamá recibían noticias de los severos descalabros sufridos por sus ejércitos en Aguadulce y Chiriquí, llegó al Istmo en los primeros días de marzo el general Víctor Manuel Salazar, nombrado Jefe Civil y Militar del Departamento en reemplazo del General Albán.

El general Salazar, quien ameritaba ya valiosos servicios prestados al gobierno en otros campos de batalla, vino por primera vez a Panamá en mayo de 1900, comandando el batallón "Henao" y como Jefe del Estado Mayor del General Albán se llenó de gloria y prestigio militar en la defensa de la ciudad de Panamá, la que culminó con la capitulación de los revolucionarios de Porras y Emiliano Herrera.

Al conocerse en Bogotá la infausta noticia de la desaparición del general Albán, las miradas del gobierno se fijaron en la personalidad destacada de Víctor Manuel Salazar para encargarle del comando del Istmo en momentos tan comprometidos y de tan angustiosa expectativa.

Enterado de la precaria situación del gobierno, frente al invasor victorioso, Salazar se trazó su plan de campaña que no podía ser otro sino el de una resistencia defensiva en la ciudad, hasta tanto pudiera adquirir barcos de guerra con los cuales

hacer frente al Padilla, recuperar el dominio del mar y luego proceder a la reconquista de todo el interior del Departamento, virtualmente en poder de los revolucionarios.

El general Herrera, preocupado de la suerte que hubiera corrido la expedición a Chiriquí, comandada por los coroneles Manuel Quintero V. y Ramón Buendía, "resolvió que una vez reforzadas las divisiones de vanguardia al frente de la línea férrea, el ejército de Panamá y una parte del Cauca marchara por tierra a esa provincia y el resto de las fuerzas del Cauca en la flotilla al puerto de El Pedregal, inmediato a David..." El general Julio Plaza con mil hombres ocuparía la plaza de Aguadulce al movilizarse Herrera sobre Chiriquí. Pero al llegar al puerto de El Pedregal, Herrera tuvo la grata sorpresa de que los coroneles Quintero V. y Buendía, habían batido y capturado con todos sus elementos, en la batalla de Pablo, las fuerzas del gobierno. ⁽¹⁾

Aunque el doctor Lucas Caballero expone en sus memorias que al Cuartel General de la Revolución en David llegaron informes de una movilización de fuerzas del Gobierno sobre Bocas del Toro; razón por lo que se ordenó la expedición del general Ramón Buendía sobre esa población, el general Víctor Manuel Salazar rebate esta versión de tan ilustre relator y comenta que fué el ejército revolucionario el que tomó la iniciativa en la provincia de Bocas del Toro, apoderándose de ese puerto en el Atlántico, a fin de que les sirviera de contacto con sus favorecedores del exterior y como una base para posibles expansiones revolucionarias por las costas del Sinú en Colombia.

Hablando sobre este particular con el general Quintero V. me ha expuesto que indudablemente la iniciativa de enviar fuerzas a Bocas del Toro, partió del ejército revolucionario a pesar de que yo le hiciera al general Herrera observaciones de lo comprometida de esta expedición y de la inutilidad de este movimiento. Sin embargo, Herrera ordenó la marcha escogiendo al efecto varios batallones que yo había organizado en Chiriquí y los cuales habían dado el triunfo en San Pablo.

(1) Lucas Caballero, Memorias de la Guerra de los Mil Días. Pág. 226.

"Efectivamente a principios de abril, la anunciada expedición fuerte de setecientos hombres, salió de David, a las órdenes del coronel Ramón Buendía y del Teniente Coronel Marcos A. Henao y después de trasmontar la cordillera, por caminos casi intransitables, sufriendo mil penalidades en aquella larga correría, azotados por el crudísimo invierno de esa época, los revolucionarios llegaron a Chiriquí Grande."⁽¹⁾

Según el expositor don Heladio Polo, las fuerzas de Buendía se apoderaron de Chiriquí Grande y de allí avanzaron hacia la ciudad de Bocas, trabándose un violento combate en que las reducidas fuerzas del gobierno se vieron obligadas a capitular, a instancias del comandante del barco "Machias" de la armada americana.

Al conocer Salazar lo ocurrido en Bocas, en donde permanecían las tropas de Buendía, dispuso enviar desde Colón una expedición al mando del general Luis M. Gómez, convencido como estaba del error cometido por los revolucionarios al establecer su cuartel en una isla, la cual podía ser bloqueada por el crucero "Próspero Pinzón."

"Aprovechémonos de ese error del enemigo —decía el general Salazar a los jefes expedicionarios— y atrapémoslos en esa ratonera."

Aunque el general Gómez había recibido instrucciones de Salazar de obrar con extraordinaria actividad y cumplir el plan de campaña trazado y el que bien podía circunscribirse, según expresión concisa del mismo Salazar a cuatro movimientos: llegar, combatir, vencer y regresar; y a pesar de que encontró a Buendía con sus soldados metidos en la ratonera, sin otra solución que rendirse o combatir desventajosamente, en consideración al número de sus contrarios, el Jefe de las fuerzas del gobierno, puso oídos a los razonamientos de paz del Comandante del Machias, quien nuevamente servía de amigable componedor para que se celebrara una capitulación muy honrosa para los sitiados, la que a juicio del General Lucas Caballero "es única en los anales de nuestra guerra." ya que el general Gómez "permitía al coronel Buendía y a sus tropas

(1) V. M. Salazar. Memorias de la Guerra. Pág. 191.

que se trasladaran armados y sin inconvenientes de parte de las fuerzas del gobierno a Chiriquí Grande en el término de la distancia.⁽¹⁾

El coronel Buendía se trasladó a Chiriquí Grande, de acuerdo a lo pactado y de allí, pasó a Punta Peña, en donde fué atacado por las tropas del gobierno comandadas por los generales Gómez y Ferrero, el último de los cuales acababa de llegar de Colón con nuevos contingentes de tropas. La batalla quedó indecisa al suspender las fuerzas del gobierno su avance, las que volvieron a su base de Bocas y luego retornaron a Colón.

A mediados de junio el general Salazar a sugerencias del general Luis M. Gómez autorizó una expedición punitiva a Blue Field,, puerto del Atlántico en Nicaragua, desde donde se suponía zarpaban los buques que auxiliaban a los revolucionarios de Bocas del Toro y con el propósito de respaldar la expedición revolucionaria conservadora que organizaban en el Istmo los jefes conservadores nicaraguenses Señores Manuel Calderón, Toribio Tijerino y Emiliano Chamorro.

En carta para el general expedicionario Luis M. Gómez, el general Salazar le decía: "Lo expresado hasta aquí quiere decir que yo accedo a su propósito de auxiliar un movimiento revolucionario contra el gobierno de Zelaya, llevando nuestro buque de guerra el Pinzón, y a bordo de él unos trescientos hombres de las fuerzas que tiene Ud. en ese lugar. Esta autorización voy a confirmársela por medio de un documento oficial que llegado el caso, pudiésemos publicar, sin comprometer la neutralidad de Colombia y sin incurrir en ninguna responsabilidad personal".⁽²⁾

El crucero Próspero Pinzón recorrió la costa hasta Blue Field sin encontrar los buques en referencia. "Un violento temporal, como muy pocas veces se había visto en esos lugares, generalmente muy agitados por las olas, rompió varias piezas importantes del Pinzón y lo puso casi a punto de zozobrar. La naturaleza se oponía a nuestros designios y se hizo preciso regresar a Colón y aplazar por algún tiempo la guerra contra Zelaya."⁽¹⁾

(1) Lucas Caballero. Memorias de la Guerra de los Mil Días. Pág. 235.

(2) V. M. Salazar. Memorias de la Guerra.